

La caída del comunismo ya es historia. Nos parece ya inevitable. Pero sería bueno recordar que ningún acontecimiento importante de la historia contemporánea fue menos pronosticados por los expertos que la caída del Muro de Berlín de 1989 o la bajada de la bandera roja por última vez en el Kremlin en 1991. Los escombros que dejan tras de sí las grandes revoluciones y el derrumbamiento de grandes imperios siempre impresionan y sus dimensiones nos tientan a buscar causas fundamentales, a largo plazo. (Pero, en ocasiones), lo ocurrido no tuvo que ocurrir; o por decirlo de otro modo, solo fue inevitable en sus etapas más tardías. (...) Está haciéndose ya manifiesto que el mito occidental de una inevitable victoria sobre un bloque comunista monolítico, ineficiente y opresivo es insostenible.

(...) El glasnost y la perestroika de Gorbachov fueron la causa de la caída del comunismo. (...) En un nivel, es evidente que la acción de Gorbachov indujo a la mayoría del partido a perder la fe en sí mismo. (...) Irónicamente, en su afán de acabar con el estancamiento (económico), Gorbachov tiró por la borda la mejor oportunidad de la URSS para alterar a su favor decisivamente el equilibrio de poder sin tener que hacer nada, o muy poco, que implicará auténtica actividad. Sus febriles intentos para reformar la economía soviética consiguieron quebrantar y distorsionar su estructura. (...). En agosto de 1991, la camarilla de Gorbachov había fomentado una desintegración tal de la autoridad que cuando alguno de sus camaradas intentaron detener el descenso hacia el caos era ya demasiado tarde.

(...) A excepción de Gran Bretaña, los aliados europeos de Estados Unidos estaban dispuestos a que se mantuviera el orden de la Guerra Fría en toda Europa. ¿Estaba en quiebra incluso la República Democrática Alemana en 1989? La respuesta breve es que sí; pero solo desde una perspectiva capitalista. Desde luego, en un sentido de pérdidas y beneficios los alemanes del Este iban cuesta abajo desde hacía años. (Pero) en octubre de 1989 (el presidente francés François Mitterrand) seguía insistiendo en que “los que hablan de reunificación no entienden nada. La Unión Soviética no la aceptaría jamás. Sería la muerte del Pacto de Varsovia”. (...) Además de Mitterrand, otros jefes de gobierno europeos habrían estado encantados de que la Unión Soviética hubiera impedido la reunificación, por la fuerza si fuese necesario. (...) En Alemania Occidental (tampoco) había ninguna fuerza política seria que luchara por la reunificación.

Consideremos el siguiente escenario: ¿Qué hubiera ocurrido si Saddam Hussein hubiera invadido Kuwait en 1990 con el consentimiento tácito de un Kremlin todavía halcón y equipado con armamento nuclear? (...) ¿Se habría arriesgado Bush a un holocausto nuclear para impedir que Saddam se hiciera con el control de la mayor parte de las reservas petrolíferas de Oriente Medio? Es muy improbable.

(...) Quizá a mediados del verano de 1990 el ejército norteamericano se habría encontrado inmerso en un período post-Reagan de recortes de defensa y no podría haberse arriesgado a desplazar un número elevado de tropas, tanques y aviones de Alemania Occidental al Golfo (como hizo en 1990) a causa de la sostenida amenaza soviética. Con toda probabilidad el ejército norteamericano no habría tenido reservas para enfrentarse a Saddam y proteger a la OTAN simultáneamente. Los argumentos contra la participación israelí habrían sido contundentes (como ocurrió en 1990-91).

La Guerra del Golfo también podría haberse prolongado. (En ese caso la URSS se habría beneficiado de los altos precios del petróleo) y se habría estabilizado la economía soviética. Con gran probabilidad algunas compañías petrolíferas occidentales se habrían presentado muy modosas en el Kremlin para que se les permitiera crear empresas conjuntas en el Caspio o Kazajstán para la explotación de las famosas reservas soviéticas de petróleo o gas natural. (Un incremento de rentas habría podido apaciguar el malestar social en la URSS, satisfaciendo al menos un cierto anhelo) de bienes de consumo occidentales.

(...) De hecho, un régimen neostalinista habría sido económicamente más viable precisamente por la gran tensión que habría generado su existencia en el mundo entero. Los precios del petróleo, del gas y del oro se habrían disparado, fortaleciendo las rentas en divisas de la URSS.

(...) La convicción de Gorbachov de que una relajación de la tensión favorecía los intereses de la Unión Soviética fue esencialmente errónea. Solo la división del mundo en “dos campos” podía producir la índole de escenario global en que podía funcionar una criatura tan extraña como la economía soviética.

(...) La supervivencia del comunismo soviético habría coincidido con un nuevo descenso económico de Occidente, así como con un posible triunfo de Saddam Hussein. El éxito occidental dependió en realidad de la súbita impotencia del sistema soviético y de su súbita desaparición.

Mark Almond, “1989 sin Gorbachov, ¿Y si el comunismo no se hubiera derrumbado?”, en Niall Ferguson, *Historia virtual, ¿Qué hubiera pasado si...?*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 355-377.